

Hasta Que Tengamos Caras

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es.” (1 Juan 3:2)

Rodolfo Peña

miércoles, 27 de julio de 2011

Nosotros realmente no sabemos quién somos todavía – no somos lo que creemos. Sabemos que somos *hijos de Dios*, porque la Biblia lo declara, pero en verdad no entendemos lo que eso significa. La verdad es que, ¡todavía no somos *hijos de Dios verdaderos (puros)*! Este pasaje nos enseña que aún no se ha revelado la persona verdadera que habita en cada uno de nosotros. Somos hijos de Dios, pero no tenemos el aspecto o la apariencia de hijos de Dios.

Ser hijos de Dios quiere decir tener la semejanza de Dios – ser divinos, sobrehumanos y perfectos, ser del parentesco celestial. Pero, esa semejanza todavía no es nuestra. La semejanza que poseemos es muy diferente a esa. Y este es el conflicto en todos nosotros.

El ser humano se compone de dos aspectos – espiritual y carnal. En otras palabras, hay el aspecto de dos personalidades luchando en cada uno de nosotros. El apóstol Pablo nos da una alegoría en cuanto a este conflicto, *“Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa.”* (Gálatas 4:22).

Luego más adelante dice, *“Pero entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora.”* (v.29). Esta alegoría se refiere al pacto antiguo en contraste con la promesa del pacto nuevo, pero igualmente se refiere al conflicto entre la carne y el espíritu.

Aunque somos hijos de Dios en el espíritu, todavía vivimos en un mundo contaminado por el pecado, vestidos de un cuerpo impuro, expuestos a toda clase de pasiones, deseos y apetitos. Todo esto produce una personalidad agresiva, impulsiva, egoísta y rebelde.

Los que creen que cuando uno se convierte a Cristo, automáticamente se hace victorioso o que sencillamente puede dominar todos sus defectos e impulsos pecaminosos están muy equivocados. La personalidad carnal es muy dominante y caprichosa y, como nos dice Pablo, siempre persigue al espíritu. La personalidad carnal en nosotros no quiere morir, o cesar de existir y luchara hasta lo último para dominar.

Es significativo que Pablo dice que *el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu*. Esto se aplica también a nosotros, la personalidad carnal siempre persigue u oprime a la personalidad espiritual. Pablo también dice, en el mismo contexto, *“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierdes.”* (Gálatas 5:17).

La verdad expresada por Pablo es que no sólo combaten entre si estas dos personalidades, pero que la carne siempre hace daño al espíritu. Este conflicto es la razón de muchos de nuestros problemas y contendias para congeniar con otros y para ser victoriosos en la vida.

Ésta es la razón porqué Caín mató a Abel, su hermano. Caín, una persona carnal, se sintió defraudado en ver que la ofrenda de su hermano, un ser espiritual, era aceptada por Dios, y no la de él. Este hombre era tan dominado por la personalidad carnal que no podía percibir la injusticia de su acto – nunca sintió algún remordimiento por el acto injusto que hizo.

Esto también es verdad de nosotros, nos convencemos que estamos en la justicia cuando estamos en el mal. La carnalidad en nosotros trata de suprimir y sofocar a la personalidad espiritual. Como Caín, nuestra carne trata de destruir todo lo espiritual para vivir sin amenaza o remordimiento.

La verdad es que nuestra lucha no es con otras personas, ni con las circunstancias externas, sino con nosotros mismos; como dijo un cómico político, “¡Ya hemos encontrado al enemigo...y somos nosotros!” Aunque se dijo esto en sarcasmo político, es una verdad iluminadora para nosotros que luchamos para ser santos. Hasta que reconozcamos esta verdad, siempre viviremos en derrota y fracaso. El enemigo más grande que tenemos es nuestra propia carnalidad.

Aunque estemos conscientes de ello, o no, el conflicto carnal en cada uno de nosotros es formidable. La personalidad carnal nos hace decir y hacer cosas que odiamos y de las cuales nos avergonzamos, pero comoquiera las hacemos, sin entender por qué. Pablo también dijo, “*Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.*” (Romanos 7:15).

El problema es que hemos rendido nuestro libre albedrío a los malos hábitos (costumbres, mañas, caprichos) que hemos acumulado a través de los años, y las acciones pasadas de nuestra vida han determinado el camino en el cual estamos esclavizados hoy. Todas nuestras acciones son gobernadas por el apetito carnal, la pasión, el prejuicio, la avaricia, el temor y los hábitos. El peor de estos elementos tiranos es los malos hábitos.

Todos aprendimos de muy niños a manipular las circunstancias para nuestro propio bien, a culpar a otros para escapar las consecuencias, a culpar ciertos acontecimientos para evitar hacer lo que sabemos que es nuestro deber, a echar mentiras para cubrir nuestros males, etc. A través de los años hemos desarrollado ciertos hábitos que aprendimos de otros, la cultura y algunos que inventamos nosotros mismos.

Cada quien ha buscado lo que trabaja mejor para sí, y de esa manera ha establecido una personalidad distinta que se compone de hábitos acumulados. Nosotros, muchas veces, estamos inconscientes que tenemos estos hábitos, porque se han hecho una parte integral de nuestra personalidad, pero otros si lo saben.

Estos hábitos dominan nuestras acciones y producen ciertos efectos en nuestras circunstancias y en otros que no entendemos. Somos como un amigo, que ha sido casado seis veces y seis veces ha fracasado en divorcio, y dijo una vez, “*Yo no sé qué les pasa a las mujeres.*” Estamos impuestos a mirar el mal de otros, pero no el nuestro.

Por los años hemos coleccionado una lista de quejas y agravios que han causado infelicidad en nuestras vidas. Culpamos a nuestros padres porque no nos enseñaron correctamente, o porque no nos dieron todas las ventajas que otros gustaron, culpamos al prejuicio de otros porque no tenemos las oportunidades que otros tienen, culpamos al rico porque somos pobres, culpamos al gobierno por la escasez de trabajos y de la devaluación del dinero, culpamos a la esposa o al marido por ser infeliz en nuestro matrimonio, culpamos a nuestros hijos porque no son como queríamos, y así sucesivamente.

Algunos de nosotros, aunque decimos que somos hijos de Dios, guardamos en nuestro corazón cierta amargura contra Él, porque ha permitido el sufrimiento en nuestras vidas, o por qué no ha contestado nuestras oraciones, o por qué no nos ha protegido, o por qué ha bendecido a otros y no a nosotros.

En nuestros propios ojos, el mal siempre está afuera de nosotros. En nuestros ojos, siempre tratamos de congeniar con otros, siempre tratamos de cumplir con nuestro deber, siempre hacemos lo mejor para nuestros hijos, siempre hacemos lo mejor que podemos para agradar a nuestra esposa, marido, patrón y a Dios. Decimos que reconocemos el hecho que no somos perfectos, pero ¿quién lo es?

Nunca reconocemos el hecho que hay algo en nosotros que causa la misma infelicidad e inconveniencia en otros que nosotros vemos en ellos – una falta o defecto que siempre destruye o impide la felicidad de otros. Pensamos que si no fuera por esta persona u otra, si tuviéramos otro trabajo mejor, si pudiéramos ganarnos la lotería, si sólo esto o aquello cambiara en mi vida ¡cuán diferente fuera mi vida!

Pero, la verdad es que aunque todo cambiara en mi vida externa, si pudiera comenzar de nuevo en otro lugar, si tuviera todas las oportunidades, si toda la riqueza del mundo fuera mía, si mi esposa o esposo y mis hijos fueran perfectos, todavía tendría que contender con la personalidad carnal que poseo, y siempre iba a derribar mis deseos de ser feliz porque siempre iba a derribar los planes de felicidad para otros en dondequiera que habite.

No importa a donde vaya, y en qué condiciones me encuentre, allí estaré “yo.” Ese mi enemigo más grande, el “yo” o mi ego. El ego se compone del orgullo, ira, envidia, avaricia, pereza, glotonería y la lujuria. Mientras que todavía posee esa personalidad carnal, la felicidad estará lejos de mi alcance.

En lugar de afrentarnos a esta realidad desagradable de nosotros mismos, nos hemos hecho expertos de la simulación. Nos hemos hecho bastante hábil en construir fachadas que nos permiten simular la personalidad que anhelamos ser y que queremos que otros miren en nosotros. Traemos esta máscara falsificada en nuestras personas que nunca permitirá a otros conocer la persona real en nosotros. Esta apariencia carnal no es la real, sino una fabricada por nuestra condición pecaminosa.

David dijo, *“Habla mentira cada uno con su prójimo; hablan con labios lisonjeros, y con doblez de corazón.”* (Salmos 12:2). Cada uno de nosotros se incluye en esta descripción de la condición humana. La frase *con doblez de corazón*, que literalmente se traduce *con corazón y corazón o dos corazones*, alude al concepto que hay dos personalidades en los seres humanos – real y falsa. La máscara falsa que cada uno de nosotros carga es el corazón fabricado aparte del auténtico.

Este corazón nos concede ser egoístas, codiciosos, envidiosos y materialistas por dentro, mientras que por fuera emanamos completamente lo contrario, sin sentirnos culpables – nos permite racionalizar (justificar o legalizar) nuestras faltas para poder vivir desahogados en el mal. Es este corazón que domina nuestras vidas naturalmente. La persona que usted ve en el espejo, y que otros ven la mayoría del tiempo, es esta fachada simulada.

La mayoría de las injusticias, persecuciones, abusos, agravios y ofensas que sentimos nacen en este corazón fabricado. En otras palabras, las mayorías de nuestras quejas e inconveniencias vienen de nuestra personalidad carnal. Esto es porqué, como dije antes, cuando esta personalidad siente que algo o alguien está amenazando su existencia se defenderá con ferocidad.

Esta personalidad jamás vera el otro lado, jamás concederá la justicia a otro, jamás admitirá culpa, nunca se humillara, porque es imposible aceptar alguna cosa que dañe su existencia. Como dice la Escritura, la carne siempre molesta y maltrata al espíritu, puesto que la carne es más agresiva que el espíritu. Las veces que hemos pensado que tenemos la justicia en defendernos es nada más que la carne buscando su propio bien.

Ésta es la razón porqué los creyentes, a veces, parecen ser muy inconsistentes, hasta el punto de parecer hipócritas. Como hijos de Dios, hemos aprendido que la personalidad espiritual es la verdadera, y que la única manera de ser hechos verdaderos hijos de Dios es de *hacer morir la carne o el viejo hombre* en nosotros. Eso quiere decir destruir por completo la personalidad carnal, de arrancar a carne cruda la máscara artificial que, a lo largo de los años, se ha modelado a nuestro ser. Pero, eso es más fácil dicho que hecho.

Hay mucho dolor, angustia y sufrimiento en esta muerte, porque parte de nuestra propia existencia se muere con esa personalidad. La máscara, aunque falsa, es parte de nuestro ser. Como dije, nuestra carne peleará con uña y diente para existir, y esa parte de nuestro ser no se detiene por nada con ideas de justicia e injusticia, sino hará lo que se requiere para evitar ser aniquilada.

Ésta es la tarea rigurosa de los hijos de Dios. Todos estamos en un conflicto enorme dentro de nuestro ser. Unos todavía están luchando para existir en el espíritu, sin tener que dejar las características carnales. Otros han realizado la muerte de parte de la carne, pero todavía existe cierto aspecto carnal que no han podido dominar. La máscara carnal todavía domina parte de todos nosotros. Nadie ha llegado al nivel espiritual que ha podido arrancar completamente la personalidad carnal de su carácter.

Pero, dentro de todos nosotros existe una persona auténtica, la cual está tratando de desarrollarse en nuestro interior más profundo. Esta personalidad es el corazón genuino que Dios puso en cada uno de nosotros, y es el centro de nuestro parentesco celestial. Esta personalidad es buena, justa, cariñosa, misericordiosa, siempre sufre el agravio, siempre lo cree todo, valiente y optimista. Cada vez en cuando se revela esta personalidad en cada uno de nosotros – cuando las circunstancias demandan un comportamiento heroico, valiente o magnánimo.

Este es el espíritu que produce a los héroes en la guerra, que abandonan su propio bienestar para el bien de sus compañeros, el del *buen samaritano* que auxilia al enemigo sin pensar en sí mismo. Este es el espíritu que produce jóvenes como la que murió en la escuela Colombine en Denver, Colorado – que cuando se le apuntó con pistola y se le preguntó si creía en Dios, confeso su fe en Cristo, antes de morir por los disparos del interrogador.

Ese espíritu existe en todos nosotros, pero, tristemente, por causa de la personalidad carnal, en muchos de nosotros muy raro se revela. Es una tarea dificultosa y larga para condicionar al humano a que suelte su agarro de lo falso y deje surgir instintivamente lo verdadero.

Cristo dijo, **“¿No está escrito en vuestra ley: YO DIJE, DIOSES SOIS?”** (Juan 10:34). Esta declaración viene del Antiguo Testamento, en el Salmo 82, en donde Dios reprende la injusta de los jueces humanos. Dice allí Dios, **“Dios está en la reunión de los dioses; en medio de los dioses juzga.”** Luego, más adelante dice, **“Yo dije: Vosotros sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo; pero como hombres moriréis...”** (v.6). Recuerde – está hablando con gente ordinaria.

Con estas palabras, el Espíritu nos revela la verdad que todos los humanos somos *dioses* – poderosos y príncipes. Todos nosotros somos del mismo linaje celestial, de una herencia majestuosa, magníficos y espléndidos en nuestra existencia auténtica, pero hemos olvidado esa herencia, y nos hemos conformado a una existencia baja y servil de un mundo profano.

Este pasaje también revela que Dios siempre ve la persona auténtica en cada uno de nosotros, y no la fachada que inventamos para simular al mundo. Cuando Dios escogió a David como rey de Israel dijo, **“...porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.”** (1 Samuel 16:7). El *corazón* que Dios mira no es el fabricado, sino el auténtico. Dios sabe quiénes somos realmente, aunque nosotros no lo sabemos todavía.

David no tenía la menor idea que él poseía la capacidad de ser el rey más grande y famoso de Israel, pero Dios si lo sabía. Abraham no sabía que él sería el *“padre”* de todos los creyentes, que sería la raíz de toda la fe genuina por todas las edades, pero Dios si lo sabía. Moisés no sabía que poseía las cualidades de ser el líder formidable que guiaría a casi tres millones de personas por el desierto, y todavía ser el hombre más manso en el mundo, pero Dios si lo sabía. Jacob no sabía que él tenía la tenacidad de ser el luchador que iba a establecer la nación más luchadora y determinada que el mundo jamás ha conocido, pero Dios si lo sabía.

En ejemplo tras ejemplo vemos esta verdad revelada por la historia del pueblo de Dios – que Dios mira más adentro de lo superficial y ve algo que nosotros no podemos ver. Y la maravilla de esta verdad iluminadora es que, ¡nosotros somos del mismo linaje que estos individuos!

Todos nosotros tenemos las mismas capacidades, las mismas cualidades, la misma determinación, la misma valentía que cada uno de ellos, si sólo dejamos que surja la persona autentica que existe dentro de nuestro interior más profundo. Este es el propósito verdadero de Dios para aquellos que creen en su Hijo – de ser hechos lo que Él ya sabe que existe en nosotros, de ser las personas verdaderas que Él crió en el principio, de ser los príncipes y poderosos que Él sabe que somos.

Todo lo que sucede en su vida es para este propósito. Las veces que usted ha creído que Dios ha sido muy severo, es porque Dios sabe que usted tiene la capacidad de aguantar más de lo que cree, como el pueblo de Israel aprendió en el desierto. Las veces que usted creía que Dios le había abandonado era porque Dios sabía que usted tenía la determinación para seguir luchando hasta obtener la victoria, aunque usted no lo sabía.

Las veces que usted pensaba que las obligaciones eran tan numerosas que ya no podía soportar más, era porque Dios sabía que usted tenía las cualidades para levantarse hacia la circunstancia, aunque nadie más lo sabía. Dios conoce la persona autentica mejor que nosotros y todo lo que hace es para que salga esa persona real – nos pone en condiciones y con personas que demandaran la manifestación de esa personalidad en nosotros. De otra manera, dejaremos que la carne nos domine, porque es más dominante, y es más fácil rendirnos a sus deseos.

Dios siempre hará lo que se requiere para desarrollar el hombre interior, o la personalidad espiritual en usted, aunque le guste, o no. Muchas veces Dios permite cosas que nos traen mucho dolor, tristeza y angustia, pero el fin es un levantamiento espiritual – un desarrollo sublime, un rescate de algún mal hábito, una victoria sobre algún complejo o una perspectiva positiva de las cosas. Dios sabe que adentro de usted existe una persona virtuosa, empeñosa y luchadora y, cuando usted se entrega a su soberanía, Él sacara todo eso de su carácter.

Por eso es preciso que creamos en Él, y que voluntariamente nos entreguemos a Sus juicios, porque es la única manera que podrá el Espíritu de Dios hacer Su obra perfecta en nosotros. De otra manera, nos rebelaríamos contra Sus esfuerzos para ser transformados, porque la inconveniencia es inmensa.

Algún día nos presentaremos delante del trono de Dios. Allí tendremos que dar cuenta de todo lo que hicimos y dijimos en la vida, y muchos de nosotros sacaremos nuestras listas de todas las injurias, agravios e injusticias que sufrimos a las manos de otros y de Dios. Allí seremos desenmascarados de toda fachada fabricada, delante del Omnisciente que conoce todas las cosas, y de repente las cosas serán volteadas al revés.

La lista de quejas no dirá lo que pensábamos, sino lo contrario – parecerá como que otro la escribió. Las veces que yo pensaba que el mal se me había hecho a mí, resultara en yo haber hecho la injuria a otro, seré yo suprimiendo a mi espíritu. Las veces que sufre injusticias en la vida era nada más que el atento de Dios de destetarme de alguna práctica carnal, pero en mi rebeldía parecía como injusticia. Todas las veces que me defendí de otros era realmente mi fachada carnal luchando para dominar a otros.

Allí descubriremos que todas las personas y las circunstancias en nuestras vidas fueron puestas allí para forzarnos a ver lo que realmente éramos, y que nosotros rehusamos y torcimos las cosas para justificarnos en el estado pecaminoso. Vez de tras vez veremos que la culpa era nuestra, que nosotros causamos el agravio y la injuria, que nosotros defraudamos a otros, que nosotros causamos nuestro propio sufrimiento y el de otros – que nuestro sufrimiento era nada más que las consecuencias de nuestros errores.

Allí veremos que todos los atentos de Dios para sacarnos del estado pecaminoso fueron rechazados y derrumbados por la agresividad de nuestro carácter carnal. Delante de la presencia de Dios todas nuestras quejas y nuestras justificaciones serán descubiertas como las fabricaciones que realmente son, y nosotros seremos expuestos como las personas verdaderas que escogimos ser en la vida.

Pero, los que se sometieron bajo la mano poderosa de Dios, los que lucharon para deshacerse del viejo hombre, los que aceptaron el juicio de Dios en sus vidas y dejaron que la voluntad de Dios se cumpliera en sus personas, estos recibirán el premio preparado para ellos por el Padre de los espíritus.

El Espíritu del Señor dice a las iglesias: *“Al que venciere, daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.”* (Apocalipsis 2:17).

Aquí nos revela el Espíritu Santo que aquellos que lucharon para vencer, los que no se rindieron cuando el camino se puso duro, los que tuvieron la determinación de levantarse cuando cayeron y seguir adelante, los que se atrevieron a estar de pie solos, estos recibirán un nombre nuevo.

Yo estoy persuadido que este nombre será de acuerdo con el carácter espiritual que cada uno desarrolló en la tierra. Abram fue llamado *Abraham*, que quiere decir *padre de muchos*, por el carácter que Dios vio en él. Jacob fue llamado *Israel*, que quiere decir *luchador* o *vencedor*, por el carácter que Dios vio en él. Simón fue llamado *Cefas* o *Pedro*, que quiere decir *pedra*, por el carácter que el Señor vio en él. Así también cada uno de nosotros, seremos revelados por las personas auténticas que desarrollamos por medio de la obra del Espíritu Santo en nosotros.

El nombre que recibiremos será la persona espiritual manifestada en nosotros en la lucha contra la personalidad pecaminosa. Esta es la persona que se desarrolló cada vez que usted o yo vencimos una batalla contra la carne. Cada batalla victoriosa contra el pecado trajo a la frente esta personalidad, y con el tiempo, esta personalidad se fue estableciendo en nosotros más y más como la persona auténtica que estaba destruyendo la obra de Satanás en nosotros.

Esta es la persona que Dios siempre había conocido, y con quien tenía comunión el Espíritu de Dios. Esta es la persona a quien Dios oía cuando usted oraba. Esta es la persona en quien Dios dependía para luchar contra las huestes de Satanás en la tierra. Esta es la persona que Dios usaba para establecer Su reino en la tierra. El nombre que recibirá será un nombre que sólo usted y el Señor conocerán por la relación espiritual que desarrolló usted con Él en las pruebas victoriosas. Usted recibirá el nombre verdadero que le corresponde a usted y nadie más.

Habrán nombres como Maestro(a), Valiente, Determinado(a), Servidor(a), Guerrero(a), Fiel, Bondadoso(a), Misericordioso(a), Amable, Obediente, Amigo(a), Fuerte. Cada uno será diferente de todo otro nombre, cada uno distinto de los demás, cada uno describiendo exactamente a la persona auténtica que se desarrolló en nosotros. La máscara que inventamos en nuestra debilidad, que nos perseguía y nos impedía hacer lo que queríamos será desarraigada una vez para siempre.

Entonces será manifiesto quien realmente somos, cada uno. Entonces resplandeceremos en toda nuestra majestad celestial, magníficos y espléndidos en nuestra existencia auténtica delante del Señor Jesucristo, el mayor entre muchos hermanos, y el Padre de los espíritus verdaderos.

Es un camino largo en cual nos encontramos, y todavía queda mucho camino por delante. Pero, estamos un mundo de distancia de donde comenzamos. Hemos caminado por muchas pruebas, hemos vencido muchas batallas, nos hemos caído y nos hemos levantado, pero aquí estamos todavía. Podemos realizar la meta si solamente preservaremos caminando, mirando hacia adelante. Hemos llegado muy lejos para retroceder.

Para nosotros ya no hay pasado, ya no más mirando hacia atrás, sino sólo queda el futuro glorioso, anticipando lo que el Señor ha preparado para nosotros, esperando lo que seremos al final del camino. ¡Sigamos caminando, marchando hacia el hogar celestial!

El Espíritu del Señor Jesús es quien nos ha traído hasta este punto en el camino, y de la misma manera nos llevara el resto del camino. Siga trayendo el corazón a Cristo, sabiendo que Él es nuestro guía.

Busque su afecto verdadero y apártese del orgullo insensato. Bien piense de donde empezó, mirando hacia el fin y verá cuanta distancia ha dejado atrás, cuanto ha avanzado desde que comenzó. El progreso ha sido poco pero seguro. Usted ya no es la persona que comenzó el viaje. Sus afecciones ya no son las mismas, sin saberlo usted es más la persona auténtica de lo que se imaginaba.

Es por la gracia de Dios solamente que estamos en este camino y nunca debemos descuidar la herencia que nos dejó. Él que hizo el camino para usted y yo, será el mismo que nos encaminará hasta nuestro destino glorioso. Estamos un mundo de distancia de donde comenzamos, pero queda mucho camino por delante, no se desaliente todavía.

Tengamos paciencia unos con los otros porque todavía estamos luchando para ser real. No se desesperen con uno y otro, porque el conflicto ya es bastante pesado, sin añadir más angustia y dolor por falta de comprensión entre nosotros mismos. Cuando miremos a nuestros hermanos y hermanas tropezar debemos pensar, *“Allí, si no por la gracia de Dios, voy yo.”*

Nuestro Señor Cristo dijo, ***“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.”*** (Juan 7:24). Aprendamos a ver más adentro de la máscara superficial, y tratemos de conocer la persona autentica que se está desarrollando en cada uno de nosotros.

Si usted verdaderamente se ha entregado bajo la mano de Dios, algo milagroso está sucediendo dentro de su ser más profundo. Una criatura nueva se está desarrollando, como un niño se desarrolla en el vientre de su madre. Todos estamos sufriendo los dolores de parto en nuestro ser, y algún día se manifestara la persona autentica que el Espíritu Santo ha criado en nosotros. Cuando las punzadas se hagan tan agudos que siente que ya no puede aguantar más, agarrase de la mano poderosa del Señor y respire alabanzas fuertes a Su nombre.

“Pues su divino poder nos ha concedido todo cuanto concierne a la vida y a la piedad, mediante el verdadero conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha concedido sus preciosas y maravillosas promesas, a fin de que por ellas lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por causa de la concupiscencia.” (2 Pedro 1:3-4)

“...y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí vengo pronto, y mi galardón conmigo para recompensar a cada uno...” (Apocalipsis 22:11-12). Si Señor Jesús, ven pronto.